

á navegar hacia fuera. Como el impulso del aire era tan leve y el agua no oponía resistencia, la quilla se deslizaba sin el cortejo de espumas y rumores que Nieves echaba muy en falta.

— Ya vendrá á su tiempo, y en abundancia, — la dijo Leto; — porque el día está que ni de encargo para esas cosas... si usted no se arrepiente.

— ¿Me cree usted capaz de arrepentirme — le preguntó ella mirándole fijamente y con expresión de asombro — después de desearlo tanto?

— Como nunca se ha visto usted en ello... — replicó Leto, pesaroso de haber apuntado la sospecha.

— Aquí no; pero ya le he dicho á usted que en otras partes, sí; y aunque ésta fuera la primera vez, ¿tan poca confianza tiene usted en la fuerza de mis resoluciones?

— En cuanto dependan de la voluntad de usted, no, — dijo Leto; — pero como en cosas de la mar hasta los más avezados á ella no cortan siempre por donde señalan...

— Pues luego va á verse, señor marino, si hay aquí ó no hay valor para cortar por

donde se ha señalado. Mientras tanto, le prohibo á usted aventurar juicios sobre ese particular.

Leto casi se ruborizó por falta de una sutileza galante con que responder á la reprimenda sabrosísima de Nieves.

— ¡Qué bonito acopio ha hecho usted hoy! — la dijo por que no se acabara la conversación, y aludiendo á la media guirnalda de hierbas y flores que llevaba Nieves sobre el pecho.

— ¿Usted ha visto — respondió ella bajando la cabecita para mirarlas y acariciándolas al mismo tiempo con la mano — qué helechos más primorosos? De tres clases, y á cual más fina... Pues ¿y estos penachitos de farolillos carmesí?... ¿Cómo me dijo usted el otro día que se llamaban?

— Brezos.

— Es verdad, brezos: ¡qué preciosos! Pues ¿y estas otras florecitas azules que estaban á su lado? ¡Cosa más fina y delicada!... Vea usted qué bien componen con todo ello estas margaritas silvestres tan blancas, con el centro dorado... ¡Qué primor de campiña!

Hablando Leto con Nieves de estas y otras cosas parecidas, con entero descuido, porque la marcha igual y monótona del barco no le exigía gran atención, muy á menudo la llevaba puesta más que en las palabras que dirigía á su linda interlocutora, en el batallar de los pensamientos que le infundía la presencia de aquella criatura, confiada á su pericia y á su lealtad en aquel chinarrito del mundo, entre el cielo y la mar, en medio de la augusta quietud de la Naturaleza. Cuanto de honda y humana poesía palpitaba bajo la costra del humilde boticario, se conmovía y agigantaba entonces, llenándole la mente de luz y el pecho de desconocidas sensaciones; y hubiera sido cosa digna de verse estampada en un papel, la imagen interior del vehemente y desapercibido Leto, perdido entre las evoluciones de su pensamiento, y por el ansia de analizarlos todos, volar de los más rastreros á los más altos, de los más grandes á los más pequeños; trastocar las especies muy á menudo, y apurarse por lo nimio y vulgar después de haberse mecido sereno en las alturas de lo sublime. Así, por ejemplo,

tras de parecerle una herejía haber creído posible trocar por el limbo insulso de su pasado, el dulce presente con todas las contrariedades y amargores que necesariamente había de traerle aparejado, le sonrojaba de pronto la idea mezquina de verse allí, tan cerca de Nieves, vestido como un ganapán... quizá en el mismo instante en que Nieves, mirándole á hurtadillas, le veía mucho más hombre y más apuesto que nunca, con aquellos limpios, holgados y simples atavíos.

Duraron estas cosas tan entretenidas para Leto, y también para la sevillanita probablemente, poco más de un cuarto de hora; hasta que el balandro *desabocó*, y comenzó á sentir Nieves esas inexplicables impresiones, mezcla extraña de pavor y de alegría, que se apoderan de los novicios entusiastas como ella, al verse de pronto mecidos por las ondas salobres de aquel abismo sin medida.

— Ya estamos fuera, — la dijo Leto que leía esas impresiones en su cara. — Los síntomas no pueden ser mejores: *calma cernida*. Observe usted esa especie de muro de niebla

que hay en el horizonte: es lo que llaman *ceja* los marinos: la mejor señal, en verano, de que va á *echar tieso*, es decir, á soplar luego una brisa fresca y bien entablada, como lo demuestra también este poco de trapisonda que hace balancear al barco y restallar las velas abandonadas á su propio peso... ¡Cornias! atesa acolladores y quinales, que trabaja demasiado el palo... De manera que nos hallamos en las mejores condiciones para poner á prueba las del yacht... ó para volvernos al puesto dentro de diez minutos, en popa, si usted se halla arrepentida de haber llegado hasta aquí... Con toda franqueza, Nieves.

Con toda franqueza y hasta con entusiasmo, se ratificó la animosa sevillana en sus deseos de llevar adelante su acariciado proyecto. Ciertó que las embarcaciones en que ella había salido á la mar dos veces en Andalucía, eran mayores, bastante mayores que el *Flash*; pero ¿y qué? Lo que se perdía en holgura se ganaba en gozar más de cerca los lances del paseo. Conque adelante.

— Pues adelante, — repitió Leto muy re-

gocijado, — y no se hable más del asunto... ¡Listo, Cornias! que ya viene la brisa picando. Ha tardado menos de lo que yo esperaba, y me alegro; así empezaremos primero para acabar más pronto... porque usted está algo de prisa, Nieves, ¿no es verdad?

— Esté ó no esté, — respondió Nieves con donosa formalidad, — el paseo ha de ser en toda regla. Conque aténgase usted á eso, y á nada más que eso... ¿Estamos?

¡Carape, cómo electrizaban á Leto aquellas monaditas de la sevillana! De pronto la dijo:

— ¿Ve usted aquel rizado gris que tiene la mar allá lejos y viene avanzando hacia nosotros? Pues es el polvo que levanta la brisa en el camino que trae... ¡A qué paso viene!

En seguida, dirigiéndose á Cornias, gritó:

— Ya está ahí... Caza escotas, que vamos en vuelta de fuera, y á ceñir... Y usted, Nieves, — dijo volviéndose hacia ella, — agárrese bien á la brazola, y no se descuide un instante, porque esto no es la bahía... Y perdóneme si desde ahora no la hago los

hombres de la casa como yo quisiera, porque este caballero es algo ligero de cascos y voy á necesitar muy á menudo poner los cinco sentidos en él.

En esto, sintiendo el *Flash* en su aparejo las primeras rachas de la brisa, se inclinó sobre el costado de babor; y Leto dijo entonces:

— ¡A la buena bordada!

Y comenzó el balandro á navegar ciñendo y escorando; pero no como en la bahía, en plano perfectamente horizontal, sino entre balances y cabezadas, que iban acentuándose á medida que refrescaba la brisa y la mar se rizaba, cubriéndose de *carneros* y *garranchos*.

Nieves se sobrecogió algo con las primeras *arfadas*, que llegaron á meter el carel debajo del agua revoltosa y espumante; pero la inalterable serenidad de Leto y aquella su honda y tenaz atención al aparejo, á la caña, á todo el organismo del barco y á su rumbo, y algunas miradas á ella de vivo y cariñoso interés, la tranquilizaron bien pronto, y hasta llegó á encontrar muy divertido aquel incesante

cuneo, que la hacía el efecto de un columpio.

Tenía razón Leto al decir á Nieves que no le pidiera cortesías en cuanto empezara el barco á navegar: diez minutos después de decirlo, ya *no estaba en casa*; ya estaba fuera de sí mismo, de su naturaleza carnal y propia; ya era como el espíritu, el alma del barco que regía; el ser activo é inteligente se había infundido en la armazón y las lonas del yacht; no pensaba ni observaba ni sentía Leto Pérez como hombre, sino como barco; venía á ser á modo de yacht inteligente, ó un ser racional con formas de balandro: lo que se quiera.

Bien claro le leía Nieves esta metamorfosis en los ojos y en las actitudes, y se embebecía contemplándole así, segura de no ser observada por él, que llevaba toda la mar, toda la brisa y el barco entero y verdadero metidos en la cabeza.

De vez en cuando, pero siempre muy á tiempo, hacía una salidita á lo suyo, mirando ó hablando breves palabras á Nieves, como Leto mortal, vivo y efectivo; cosa que la complacía mucho, porque no la gustaba

verse allí tan *sola* como en ocasiones creía verse.

— ¿Va usted bien? — la preguntaba.

Y volvía á ser barco en seguida...

— Buen andar llevamos, — pensaba para sus maderas; — pero no todo lo que debemos. Hay que arribar un poco... un poquito más... Ya metimos el carel... Lo menos echamos seis millas... Orza ahora un poco para que adricemos y vayamos con más desahogo, aunque con menos velocidad... ¡Bien, bien!... Ahí están esos condenados, en regata conmigo... (Alto.) Mire usted los delfines, Nieves, en rebaños, dándola á usted escolta de honor, y haciendo volatines fuera del agua para que usted los admire. ¡Cómo quieren lucir su ligereza pasándonos por la proa á lo mejor!

Nieves los admiraba, y hasta los temía al verlos surgir del abismo junto al carel, volteando como pedazos de rueda negra con aguzadas cuchillas de acero enclavadas en la llanta.

— No hay cuidado — la dijo, — que son unos animalejos enteramente inofensivos, y además bobos.

Y con esto volvió á infundir su espíritu en el organismo de su barco y á pensar por él:

— Este andar no es para sangre marinera, con esta mar y esta brisa; hay que arribar otra vez, aunque los garranchos abundan... Cuestión de achicar, si es necesario. Dos garranchos á bordo. (Alto.) Cuidadito los pies, Nieves... y agarrarse... ¿Puede usted volver un poquito más la cabeza á la izquierda?

— ¡Yo lo creo! ¿Para qué?

— Para que vea usted á Pelechés desde aquí.

Volvióse Nieves como Leto quería; y exclamó al punto:

— ¡Ay, qué bien se ve! Pero ¡qué en alto y qué lejos está y qué iluminada la casa por el sol! Parece que nos está mirando con las ventanas... ¿Nos verá alguien desde allí, Leto?

— Al balandro, como un papel de cigarro, puede; pero á nosotros, difícilillo es á la simple vista... Agárrese usted, Nieves, que hay mucha trapisonda y son muy fuertes los balances. Aquí no se puede decir, como

en bahía, que el barco paladea el agua; sino que la escupe y la abofetea y la embiste, ¿no es verdad?... y hasta riñe con ella, que, como usted puede observar, no se muerde la lengua tampoco... Vea usted allá lejos unas lanchas corriendo un largo... Son *boniteras* de fijo... Así se pesca el bonito, á la *cacea*.

Poco después preguntó á Nieves, en cuya cara, más pálida que de costumbre, no se leía otra expresión que la de una curiosidad intensísima, si se daba por satisfecha con la prueba, ó quería apurarla más.

— Hasta ahora — respondió Nieves intrépida — no ha metido el yacht más que una tabla; y usted me tiene dicho que puede con tres.

— Dos, Nieves...

— Tres, Leto: lo recuerdo bien.

— Conmigo sí; pero llevándola á usted, no me atrevo.

— ¿Teme usted dar la voltereta?

— Eso nunca; pero hay otros peligros...

— Pues las tres tablas quiero. Ya estoy acostumbrada á los balances, y esto me va pareciendo delicioso.

Leto, á reserva de engañarla con un artificio bien disimulado, la prometió complacerla, porque no tenía fuerza de voluntad para contrariarla.

— Pues á ello — dijo, — y agárrese usted bien, que voy á preparar la arribada.

Apartó su atención de Nieves, y la puso toda en el yacht.

— La verdad es — pensaba — que la ocasión es de oro para hacer eso y aun otro tanto más; pero ¡carape!... no señor, no señor; tiento, tiento, que no llevas á bordo sacos de paja... Y lo está deseando el maldito. ¡Qué luego sintió la caña! ¡Allá vas! Ya está sorbido el carel... ¡Hola, hola! garranchitos á mí por la proa ¿eh? Toma ese hachazo por el medio... y ese par de rociones para duchas... ¡Carape con la recalcada!... Una tabla... Esto ya es andar... y embarcar agua también... Pues otro poquito más de caña ahora... para probar... ¡nada más que para probar!... Ya está la segunda. (Alto.) Vaya usted contando, Nieves: dos tablas...

— Una y media, — respondió Nieves al punto. — Hasta tres...

— ¡No sea usted tentadora! Dejémoslo en las dos, y crea usted que es bastante.

— ¿Hay miedo, Leto?

— ¡Tendría que ver!

— Pues lo parece.

— Vea usted los delfines otra vez... Los puede usted alcanzar con la mano. ¿Serán capaces de pretenderlo, los muy sin vergüenza? Pues al ver lo que se arriman y se presumen... Las gaviotas... Mire usted esa nube de ellas escarbando con las alas en el mar: allí hay un banco de sardinas...

— Lo que usted quiere — dijo Nieves pasando su mirada firme de los delfines y de las gaviotas á Leto — es distraerme á mí del punto que estábamos tratando; pero no le vale... ¡Las tres tablas, Leto!

Leto empezó á creer que no había modo de resistirla ni de engañarla...

— Pues las tres tablas, — dijo; — pero ¡muchísimo cuidado, Nieves!

Y se dispuso á complacerla, comenzando por olvidarla para no ser más que barco inteligente.

— Hay que volver á empezar, — se decía; — y para esto, mejor era haberlo hecho del

primer tirón, porque la brisa arrecia y la trapisonda crece... El carel... ¡por vida de la arfada!... De ésta, va á ser el pozo un baño de pies... Más caña... ¡Uf!... ¡qué sensible y qué retozón está hoy el condenado! En cuanto se le tocan las cosquillas, ya no le cabe en la mar... Una tabla... y un garrancho. Después hablaremos de estas rociadas, amigo Cornias... ¡Buena cabezada! Gracias que dimos en blando... La arribada ahora... Dos tablas, y sin carnero á bordo... ¡y qué andar, carape! Que nos alcancen galgos ni las toninas siquiera... Pues toma más, ya que te gusta... ¡así! que no has de desarbolar por ello ni por otro tanto encima... Y eso que parece que te duele el aparejo, por lo que gime y se cimbre y se tumba... ¡Ay, carape! que esto tiene su borrachera como el vino... ¡Si me dejara llevar de ella!... Pero, en fin, hasta las tres tablas, siquiera, que debemos... falta una... ¡Toma más, bebe más, que más puedes! ¡Vaya si puedes!... Hay que repetir la arribada con mayor energía... ¡Allá va!... ¡Ah, carape, que se me fué la mano!...

Salió el barco como una exhalación levantando lumbres del agua; saltaron á bordo grandes chorros de ella; oyóse un grito



horripilante, y desapareció Nieves entre las espumas que revolvía el yacht por la banda sumergida.

— ¡Divino Dios! — clamó entonces Leto en un alarido que no parecía de voz humana. — ¡Vira, Cornias!

Y se lanzó al mar detrás de Nieves.

